





# SONATA EN TRÍO



Antonio Queizán

SONATA EN TRÍO



Primera edición: diciembre de 2023  
© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.  
© Antonio Queizán

ISBN: 978-84-10082-30-4  
ISBN digital: 978-84-10082-31-1  
Depósito legal: M-34426-2023

Editorial Adarve  
C/ Luis Vives, 9  
28002 Madrid  
[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)  
[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)  
Impreso en España

*A mis padres, por sus sacrificios;  
y a todos los que me enseñaron lo que sé.*





## Prólogo

Esta novela no es lo que podríamos llamar una *novela al uso*, ¿por qué? Hay varias razones para ello, pero solamente apuntare aquellas que me parecen más singulares. En las novelas raramente el lector encontrara notas a pie de página, si acaso alguna nota del traductor aclarando algún punto concreto que de otra parte quizás el lector no entendiera. En esta sí las hay. Y las hay, porque el autor cree que en ciertos temas que se tratan es necesario que el lector pueda comprobar, si lo desea, que lo que está escrito es fiel a la referencia del pie de página, y no una trabucación de la fuente, aunque eso sí, la interpretación sea subjetiva y no concuerde con lo que el lector piense sobre el hecho en cuestión, sobre todo en lo que hace referencia a materia de religión. También hay notas referidas a libros, autores, etc., que se ha creído necesario incluir porque forman parte del apoyo literario, y por ello es necesario justificarlos. En cuanto a las obras musicales que se citan, el autor ha buscado con ello crear en el lector el efecto de estar *viendo* una película en su imaginación, cuya *banda sonora* estaría constituida por esas obras, de ahí que se recomiende oírlas mientras se están leyendo esos fragmentos porque es seguro que ayudaran a la *puesta en escena*.

Algunas otras notas aclaran algunos términos o conceptos, quizás innecesarias para una gran mayoría, y a esos les pido disculpas, pero también sé, espero, que una minoría me lo agradecerá.

Pero hay una última razón. Una novela nace de la imaginación de su autor, pero ¿de qué se compone? Es evidente que según el género la imaginación pesará más o menos, pero en toda novela laten

los conocimientos y las vivencias del autor, todo ello pasado por el filtro de la subjetividad. ¿Es todo lo que está escrito  *cosecha*  del autor o hay mucho de lecturas, conocimientos propios o ajenos? Se dice con cierta frecuencia que tal o cual autor está influenciado por este o aquel, que ha bebido en sus fuentes. Por eso se ha querido poner  *notas a pie de página* , para que el lector sepa de dónde proceden esas fuentes y pueda ir a ellas para ahondar más en ese punto; no obstante, también hay otras muchas que no se citan explícitamente, pero que han servido para escribirla, y su  *espíritu*  planea por sus páginas, por eso, no debe extrañarle al lector que en algún momento algún párrafo le recuerde lecturas pasadas.

Y por último el título,  *Sonata en trío* . ¿Por qué? Si seguimos lo que en su 4.<sup>a</sup> edición dice el  *Diccionario Harvard de música*  respecto a estas obras, « *el tipo más común de música de cámara instrumental barroca, escrita a tres voces, dos violines y un instrumento melódico bajo (viola da gamba bajo, violón, violonchelo) pero que requiere cuatro intérpretes, representado el cuarto por un instrumento productor de acordes como el órgano, el clave o la tiorba para realizar las armonías del continuo que se extiende a lo largo de toda la pieza* », el lector encontrará la similitud con la novela en cuanto al número de personajes, pero también con la intimidad de los hechos reflejados, sin trascendencia exterior, que solo quedan en el ámbito de cada uno de ellos, y que hace un guiño a esa música de cámara. En cuanto a la identificación de cada uno de los personajes con los instrumentos, eso queda al criterio de cada lector, que al final de la novela hará su propia correlación instrumento-personaje. Y así es como se ha concebido esta novela, una  *sonata íntima*  sobre un periodo de tiempo en la vida de los personajes.

EL AUTOR

## Día 1.º

Era mi primer día y, además, neófita en la misión que me habían encargado. Llegué a la estación de metro de mi destino, me apeé del vagón e inicié el paso por el andén en dirección a la salida. El trayecto fue largo, tramos de pasillo, escaleras mecánicas, luces de neón, algunas parpadeantes, y personas, muchas personas, que abstraídas en sus pensamientos unas, otras en animada charla, quien sabe si de banalidades o de hechos trascendentes, nos dirigíamos hacia la salida. Justo antes de pasar por los torniquetes ya se podía apreciar alguna ráfaga de aire fresco producida por las corrientes que se formaban en los túneles. Hoy quizás hiciera más fresco que en días anteriores, preludio del tiempo otoñal que se aproximaba.

Al emerger, observé un claro y nítido cielo azul que ya había intuido al iniciar mi viaje todavía entre dos luces, y comprobé que sí, que el aire era bastante fresco, quizás porque la zona era despejada, la sierra se divisaba al norte y la brisa soplaba de esa dirección.

Miré en derredor y vi el enorme edificio blanco y gris al que daban color, como luego pude comprobar al aproximarme, pequeñas teselas en la fachada de esos mismos colores. Sobre la gran puerta principal un cartel, iluminado todavía, indicaba HOSPITAL.

La gran puerta principal, con varias hojas, solo tenía disponible al público dos, por las que como si de un gran hormiguero se tratara, entraban y salían las personas, como si fuesen las obreras, pero entre todo el gentío heterogéneo, se distinguían algunos por llevar un atuendo distinto de la mayoría; batas blancas, pijamas blancos, verdes, gris y blanco, azul y blanco, amarillo. Un pequeño toque

de no mucho color, pero que resaltaba frente a la más o menos homogénea vestimenta del resto.

Atravesé el vestíbulo y me dirigí a un mostrador que indicaba INFORMACIÓN. Una señorita de cara agradable y uniforme verde claro la atendía, esperé mi turno hasta que me tocó.

—Buenos días, señorita, quisiera saber en qué habitación está ingresado D. Luís López.

Me respondió con un «buenos días», indicándome planta, habitación y donde se ubicaban los ascensores para subir a la citada planta. Encamine mis pasos hacia ellos, y en ese momento empecé a sentir zozobra, ¿cómo sería aquel al que tenía que atender?, ¿sería capaz de hacerlo bien, de sobrellevarlo?, era mi primera experiencia, mi primer servicio, ¿estaría a la altura de lo que se esperaba de mí?, por unos instantes, cerré los ojos y apreté ligeramente los párpados, y en mi interior, una voz me dijo: «Sí, podrás, estás preparada, no desfallezcas y mantén la fe en ti», justo en ese momento, cuando se abrían las puertas del ascensor tuve conciencia, abstraída como había estado en mis pensamientos de la ingente cantidad de personas que nos agolpábamos para cogerlo.

Gente joven, mayor, de mediana edad, familiares unos, enfermos otros, pero, sobre todo, desvalidas personas mayores, solas y sin apoyo de nadie que las guiara en este Laberinto del Minotauro de la enfermedad.

El ascensor se ocupó por completo, no sin antes observar la agitación de manos que ávidas del pulsador de las plantas, se dirigían a él con frenesí inusitado, como si fuera a desaparecer, volatilizándose —¿está dada la 7.<sup>a</sup>?, ¿y la 10.<sup>a</sup>?, voy a la primera, ¿está pulsada?—. Una vez restablecida la calma tras la tempestad de pulsaciones, el ascensor cerró las puertas y comenzó su ascensión. Paró en la planta a la que me dirigía, se abrieron las puertas y salí, a la izquierda sobre el dintel de la puerta que daba acceso a las habitaciones, se indicaba el número de estas; a la que yo me dirigía le correspondía el pasillo central.

Lentamente me fui acercando a mi objetivo, me situé frente a la puerta y llamé con los nudillos, no obtuve ninguna respuesta, volví a insistir con el mismo resultado, puse la mano en el picaporte, lo empujé hacia abajo y abrí la puerta, allí, sentado en un sillón con los ojos cerrados y unos pequeños auriculares en los oídos había un hombre, llevaba puesta una bata de cuadro escocés sobre fondo verde oscuro, debajo un pijama azul claro como ya había visto a algunos pacientes que deambulaban por el pasillo, en los pies unas zapatillas marrones, de cuero, y observe que los tenía ligeramente hinchados, y a su lado una bolsa colectora probablemente de orina. Su rostro era agradable, transmitía una edad entre 63 y 68 años, la altura a pesar de estar sentado parecía mediana, magro de carnes, piel clara, el pelo entrecano, escaso en su parte frontal y occipital, llevaba barba corta, más blanca que el resto del cabello y afeitada en la parte inferior del cuello, no así, me fije, en la zona de las mejillas, tenía gafas con montura muy liviana, al aire, las manos pequeñas y arrugadas con algunas pecas que denotaban su edad, en una de ellas tenía un apósito del que salía el tubo de conexión de un gotero colgado en su pie.

Me fijé en la caída de las gotas, una, dos, tres, y así continuamente, me dio la impresión de una clepsidra que marcara el tiempo vital de aquel hombre al que yo me disponía a abordar después de haber hecho un somero reconocimiento que incluía la habitación, típica de un hospital, con sus muebles metálicos, armario, mesilla y cama articulada.

—Buenos días —no obtuve respuesta, insistí nuevamente elevando un poco la voz. El hombre abrió los ojos y me miró, eran unos ojos no grandes, de color marrón oscuro que reflejaban una tristeza infinita, quizás ampliada por el efecto lupa de los cristales de sus gafas que indicaban su hipermetropía.

—Buenos días, ¿quién es Ud.?

—Soy María y vengo por indicación de sus hijos para estar con Ud. y hacerle compañía, supongo que se lo habrán dicho.

—Ah, sí, me dijeron ayer que hoy vendría una monja para estar conmigo, por cierto, ¿cómo he de llamarle, sor, hermana o madre?

—Llámeme solo María, aquí soy su acompañante y cuidadora y mi función religiosa queda al margen.

—¿Ud. cree?, uno siempre esté donde esté, será lo que es —me contestó—, pero si lo prefiere no tengo inconveniente en llamarla María.

—Así me gusta, y para romper el hielo, ¿prefiere que le llame D. Luís o Luís a secas?

—Luís, a secas, el *don* ya no se estila, como tantas cosas, antes era un prestigio y un valor reservado a los bachilleres y gente con carrera universitaria, además de un signo de respeto entre interlocutores, hoy todo se ha trastocado, el mundo en el devenir de una vida ¡ha cambiado tanto!

—¿Tú crees, Luís? —le respondí—, yo creo que la humanidad a través de los siglos ha cambiado en su externalidad, pero no en lo más íntimo, vicios, pasiones, angustias, alegrías.

—Muy filosófica, María, pero otro día trataremos de ello, hoy no tengo el ánimo para discusiones abstrusas.

Cambié de tercio y le pregunté:

—¿Qué estaba oyendo?

—Música, música clásica, en un viejo MP3 donde mis hijos han metido la música que me gusta, y como si fuera una premonición o quizás la estaba ya esperando, cuando llamo a la puerta y no la oí, estaba inmerso en la música de Marin Marais<sup>1</sup>, en concreto *Sonnerie de Ste Geneviève de Mont-de-Paris*, ¿le parece casualidad?, escucho esa preciosa música y entra por la puerta una monja, ¿destino, premonición?, o ni una cosa ni la otra, pero no deja de llamarme la atención, es como si la música te anunciara, y yo te esperara, y quizás también espere, María, que me traigas la paz y el sosiego que la música me da.

—A eso vengo, espero y deseo que mi presencia le ayude, le conforte, y le traiga ese sosiego que anhela, sus hijos ya me hablaron de ello.

---

<sup>1</sup> Marin Marais (1656-1728). Discipulo de Sainte-Colombe, tocó en la Orquesta de la Corte con Lully. Gran violinista y compositor.

—Ya ves, eres tú y no ellos la que está aquí, a mi lado, compartiendo pensamientos, anhelos y sufrimientos, y como te decía antes, la vida ha cambiado, hace años tú no estarías aquí, serían ellos los que se alternarían, con los que charlaría de mil cosas, recuerdos, experiencias, ilusiones compartidas y frustradas, en fin una vida que a partir de hoy compartiré contigo como si fueras una hija, pero eso sí, como no lo eres, espero de ti que lo que hablemos sea como secreto de confesión, solo quedará entre nosotros, a la posteridad no le importa una vida anodina, aunque para mí es la mía, la más importante, que ahora posiblemente inicie su cuenta atrás, pero no importa, hay que estar siempre preparado, como decía Machado, «ligero de equipaje, casi desnudo como los hijos de la mar».

—Pero cuéntame algo de tu vida, María, de dónde eres, por qué te hiciste monja, en fin, quiero conocerte un poco, aunque supongo que a lo largo de los días tendremos tiempo de sobra para ello.

—Soy de un pueblo de Castilla, en la provincia de Segovia, como ve, castellana, se lo digo a efectos de que mi carácter es adusto en el sentido melancólico, sería sin afectación, y noble, como ve un tóxico, el colegio, las primeras letras, como se decía antes, las hice en el pueblo, con una maestra que nos inculcó el afán de aprender, y allí pasé mi infancia, ayudando a mis padres, pequeños agricultores, en las faenas agrícolas. Y la menor de cuatro hermanos, la única chica, quizás por eso era la mimada de mis padres, a los que adoro, sobre todo por su comprensión cuando decidí ser monja.

—¿Y cómo sucedió? —me preguntó.

—Pues fue algo sobrevenido, aunque quizás un cierto germen bullía dentro de mí tras leer a los 15 años un libro sobre la vida de Teresa de Calcuta, y al terminar en el Instituto me planteé que hacer con mi vida, estudiar una carrera o seguir aquel camino que me dictaba mi interior, y tras hablarlo con mis padres, como le he dicho antes, su comprensión fue infinita, aunque mi madre derramara abundantes lágrimas, y lo comprendo, porque abandonaba mi casa y mi familia, al menos físicamente, porque en mi corazón

y oraciones, siempre los tengo presentes, seguí el dictado interior que me llevó al noviciado.

Me hizo un gesto con la mano para que parara de hablar, y me dijo:

—Ves, María, lo que te decía antes, uno siempre esté donde esté, será lo que es, y ahora tu eres una monja que abre su corazón a un extraño para que él también de su beneplácito a la decisión que tomaste, pero como todavía no te conozco bien, pospondré ese juicio para más adelante, tiempo habrá de saber si la decisión que tomaste fue la correcta, aunque tú ahora estés convencida de que así fue.

No supe qué contestar, y como en el boxeo, salvada por la campana, entró una enfermera.

—Buenos días, Luís, vengo a cambiarle el gotero y la bolsa colectora, ¿cómo ha pasado la noche?

—No ha sido mala, aunque el trajín nocturno de los hospitales debería estar prohibido, no le dejan a uno descansar, que si medicación, que si controles, en fin, un no parar, ni dejar parar, y no me llame chinche, porque sabe que es verdad, aunque entiendo que no hay más remedio. Por cierto, a ver si hoy tengo suerte y el doctor viene con menos prisa, porque quiero hacerle algunas preguntas, ya que supongo que, si te las hago a ti, no me vas a contestar, y me vas a remitir a él.

—Eso ya deberías saberlo, Luís, nosotros no podemos hablar de tu proceso, solo el médico, yo cumplo órdenes y hago mi trabajo, y de ese si puedo hablarte, por cierto, hoy tienes programada una resonancia, así que no puedes desayunar.

—¡Sorpresa, sorpresa!, y ¿a qué hora?, te lo digo por si me «pierdo» también la comida, ¡sería un disgusto! El hospital y sus comidas me recuerdan mucho a la mili, todo con hora, y los menús leídos como en retreta, una maravilla, pero comidos un asco, allí porque estaban mal guisados, a veces hasta el pollo tenía plumas, recuerdo el famoso pollo al chilindrón, meras articulaciones, algún ala, pata, y ausencia manifiesta de muslos y pechugas, yo creo que



compraban pollos tarados, nunca vi un muslo o una pechuga, y mira que lo intenté, pero ni yo, ni ninguno de mis compañeros los encontramos, nunca jamás, era la búsqueda de la «piedra filosofal del pollo». En fin, otros tiempos o como diría el latino: *¡O tempora!, ¡o mores!*<sup>2</sup>, pero vayamos al grano, ¿a qué hora?

—Pues más o menos a las 11, pero ya sabes, más o menos, como siempre para no variar.

—¿Puede venir María conmigo?, así no tengo que esperar solo en un pasillo hasta que me la hagan.

—Sí, no hay problema, pero ya sabes que dentro no puede estar.

—Bien, María, vas a debutar de lazarillo, espero que seas mis ojos y mis oídos, presta atención a todo y luego me lo pormenorizas, a ver si así podemos sacar algo en claro, ya que aquí, decirte, no te dicen ni mu, supongo que a mis hijos les contaran algo, pero lo que es a mí, no me dicen nada de nada, y uno quisiera saber que tiempo tiene para *hacer la maleta* y partir, o si por esta vez, y perdona que sea tan machadiano, *la nave que nunca ha de tornar* se irá sin mí.

La enfermera guardó silencio mientras cambiaba lo que había venido a hacer, un silencio que me pareció demasiado significativo para que a Luís le pasara desapercibido, y traté de romper el hielo que se había apoderado del ambiente.

—Bajaré contigo encantada y pondré mi empeño en tratar de enterarme de lo que pueda, aunque ya sabes, tú lo has dicho, los médicos no suelen soltar prenda, salvo que los familiares lo demanden, sino la información es somera y a veces alejada de la realidad en cuanto que está matizada para ser comprendida, ellos creen que fácilmente, lo cierto es que cuando sales de hablar con ellos, estás como cuando entraste. No obstante, yo creo que, si tú les demandas información, no tienen más remedio que dártela, o ¿no te han hecho firmar el consentimiento informado para la prueba?

---

2 Marco Tulio Cicerón (106 a. C.-43 a. C.). *Catilinarias* (primer discurso contra L. Catilina pronunciado en el Senado): «*¡Oh, tiempos! ¡Oh, costumbres!*».

—Sí, y lo leí, mucha literatura legal y escasas informaciones útiles, por ejemplo, ¿por qué te lo hacen?, ¿que pretenden descubrir con ello?, ¿es definitivo?, preguntas y preguntas sin respuesta. Por eso hoy quiero hablar con el médico como le he pedido a la enfermera, pero también se escapará, vendrá a la habitación cuando esté en la resonancia y no podré hablar con él.

La enfermera salió con una sonrisa en los labios que a mí me pareció encantadora, quizás para cubrir su silencio anterior, le dio ánimo y le dijo que no se preocupara, todo iría bien, y si el médico venía, le diría que Luís quería hablarle. Cuando se fue, un espeso silencio llenaba la habitación, Luís estaba callado, pensativo, con la mirada perdida, más allá de las paredes de aquella habitación, diríase que a kilómetros de allí, los recuerdos que tenía debían ser agradables, su rostro se dulcificó, sus labios iniciaron una leve sonrisa y sus ojos perdieron la tristeza que minutos antes los embargaba.

—¿En qué piensas, Luís?, parece que en algo agradable.

—En mi infancia, me veo niño jugando en la calle, con pantalón corto, medias y botas de Segarra, eso de Segarra te sonara a chino. Segarra era una fábrica de calzados, feos pero de una calidad buena, resistentes a niños y sus juegos, ¡cómo ha pasado el tiempo!, cuando te descuidas se ha acabado, *tempus fugit*<sup>3</sup>, y de qué manera, cuando te quieras dar cuenta, María, tendrás mi edad y no te habrás enterado, escucha lo que te digo, y no lo olvides, recuérdalo siempre y aunque seas monja sigue el *carpe diem*<sup>4</sup>, acumula experiencias y recuerdos, te servirán como a mí ahora de consuelo, en estos momentos de la vida será lo único que tengas, recuerdos.

Llamaron a la puerta y apareció un celador, le pregunto su nombre, y le indicó que le bajaba a la resonancia, para ello traía una silla de ruedas con una barra para poner el gotero. Luís se levantó, cogió la bolsa de orina, el celador el gotero, lo colgó y le indicó que se sentara. Le ayude a poner los pies en los reposapiés de la silla y

---

3 Virgilio (70 a. C.-19 a. C.). *Geórgicas*. Libro III. «El tiempo se escapa».

4 Quinto Horacio Flaco (65 a. C.-8 a. C.). *Odas*. I, 11: «Vive, aprovecha el momento».

le recoloque las zapatillas para que no se le salieran. Iniciamos la marcha, en sentido contrario al que había hecho cuando entré, en dirección a los ascensores, pulsó el botón del de urgencias y esperamos, no tardo mucho, pero mientras miraba los indicadores de subida y bajada, miré a Luís de reojo. Estaba hundido, había vuelto a su estado de tristeza del que había salido unos instantes para recordar algunos momentos felices de su infancia. El ascensor paró, se abrieron las puertas, entramos, el celador pulsó la planta a la que nos dirigíamos, y el ascensor inició su bajada, íbamos en silencio, cada uno de nosotros absorto en sus propios pensamientos. Al llegar a la planta pulsada, paró y las puertas se abrieron frente a un largo pasillo con puertas a derecha e izquierda, de distinta amplitud y rótulos en los dinteles que indicaban cuál era el fin a que se destinaban las habitaciones tras las puertas. Delante de algunas había aparcadas sillas de ruedas o camas con pacientes, y frente a una de ellas que indicaba en el dintel RESONANCIA-2, el celador nos dejó, entrando para entregar el volante que llevaba. Y allí nos quedamos, el celador salió y le pregunté cuánto tiempo íbamos a estar allí, y me dijo que pasaríamos en unos minutos.

—Ves, María, ya estamos aparcados y sin tique, aquí no hay zona azul, podemos estar toda la mañana, sin desayunar el café con leche que se parece a la malta que con leche tomaba de pequeño, y las famosas *marías*, como tú, *famosas en el mundo entero*. En fin, esperemos que no se eternicen y mientras observa, ve las miserias del mundo, las de la carne, de las del espíritu supongo que ya te habrán informado exhaustivamente. Si María, la triste decadencia del ser humano, ¿hay algún joven?, no, ¿verdad?, todos somos carrozas o más que carrozas, míralos absortos en sus pensamientos, como te decía, lo único que les queda, somos como corderos que vamos al matadero y esperamos nuestro turno, entramos, salimos, volvemos a nuestra habitación y sigue el día, hasta la noche. ¿Les ha servido de algo la prueba?, quizás para halago del ego del médico que dice, *¡albricias!, he acertado, este se muere de lo que yo pensaba*. Porque los médicos son seres extraños, uno quisiera tener una enfermedad

sencilla y que pudiera ser curable, pero ellos no, ellos disfrutaban con las difíciles e incurables. Dos puntos de vista distintos, nosotros queremos conseguir la salud y ellos la gloria, *vanitas vanitatis et omnia vanitas*<sup>5</sup>, nosotros y ellos, todos acabaremos igual, pero no quiero seguir, hoy especialmente estoy algo más depre que otros días, quizás porque cada prueba es como una espada de Damocles que pende sobre tu cabeza, ¿será esta la definitiva?

La puerta se abrió, un ATS preguntó el nombre y una vez confirmado, un celador cogió la silla e introdujo a Luís en la habitación donde una gran máquina blanca y en su centro un túnel, le esperaba.

—Abre los oídos y los ojos, María, siempre puede haber alguna información que se escape, y si es así espero que me lo cuentes, y no te lo guardes, sea lo que sea.

Salí, la puerta se cerró y me quede esperando, y mientras esperaba pensé en todo lo que había sucedido desde que a primera hora había entrado en el hospital, nunca estuve en ninguno, ni familiares ni amigos lo necesitaron, y ahora como dijo Luís tomaba contacto con las miserias del cuerpo humano, y solo era el primer día, pero reconocía que me había impactado, y algunas cosas, que en el convento me habían insinuado respecto a la respuesta del hombre frente a Dios y su enfermedad, ahora parecían más nítidas. Era fácil dirigirse a Dios desde la salud y el bienestar, pero empecé a pensar que no lo era tanto para el hombre enfermo entender sus designios, era comprensible que uno se preguntara ¿por qué a mí?, y no tener respuesta, aunque quizás la respuesta no estuviera en Dios, sino en la propia esencia mortal del hombre, ya que, si éramos mortales, de algo tendríamos que morir, pero con esa respuesta surgía otra pregunta, pero ¿por qué así?, ¿es que no había otra manera más digna? Me asuste de mis propios pensamientos tan alejados de todo aquello que había vivido y aprendido en el convento, ¿y el alma?, sí, y el más allá, pero ¿cuánto costaba salvarla, que tránsito final de miseria humana teníamos que seguir para alcanzar el cielo?

---

5 Qohelet:1,2: «Vanidad de vanidades y todo lo de acá abajo no es más que vanidad».

Respiré hondo y exhalé un suspiro, miré el reloj, apenas había pasado media hora y la puerta se abrió, un celador sacó a Luís y le pregunté qué tal estaba, me dijo que bien y que preguntara al médico qué había visto como si yo fuera su hija, le dije que no podía mentir, que no estaba bien y me dijo que, en ciertas ocasiones, y esta era una, mentir estaba permitido.

Hice de tripas corazón y caso omiso a mis principios religiosos y entré, me dirigí al médico rogándole que me dijera cómo había resultado la exploración y si me podía decir algo al respecto, me indicó que había salido bien, sin fallos técnicos, pero que tenían que estudiarla antes de hacer el informe definitivo, y así se lo comuniqué a Luís.

No llevábamos mucho tiempo esperando cuando se nos acercó un celador distinto al que nos había bajado, nos preguntó el nombre, y tras confirmarlo realizamos el viaje en sentido inverso. Cuando llegamos a la habitación, Luís bajó de la silla de ruedas y le ayudé a sentarse nuevamente en el sillón, era desandar el camino anterior, zapatillas, bolsa colectora, gotero. Casi al terminar se abrió la puerta y una auxiliar con la bandeja de la comida entró, depositándola en una mesa auxiliar que aproximó al sillón de Luís.

—Hola, Luís, buenos días desde por la mañana —le dijo con una sonrisa—, hoy tiene una comida que le gusta, crema de champiñones, merluza hervida con verduritas y compota de manzana, ¿qué le parece?

—Le digo la verdad, una mierda, cómo pueden llamar merluza a eso, son todas las rajas iguales, más que merluza parece boa.

—No sea cascarrabias y cómaselo, oblíguele Ud. porque ayer no comió prácticamente nada.

—Lo intentaré —le dije—, pero lo primero es tener hambre, y hoy supongo que comerá mejor al no haber desayunado.

La auxiliar salió dejándonos solos, Luís miraba los platos no muy convencido. Procedí a limpiarle de raspas el pescado, y le aproxime aún más la mesa auxiliar, le puse la cuchara en la mano y le anime a que comiera.

—No te esfuerces mucho, María, nunca he sido un gran comedor, y ahora menos, la enfermedad, la inactividad y la poco apetecible condimentación, hacen que las pocas ganas de comer desaparezcan, y eso que no he desayunado, pero hoy en tu honor, haré un esfuerzo, no quiero que el primer día te lleves una mala imagen de mí.

Lentamente se fue llevando la cuchara a la boca hasta prácticamente terminarse la crema, la merluza hervida le costó algo más, quizás, y a pesar de la salsa y las verduritas, estaba demasiado seca. Se dejó una tercera parte a pesar de mi insistencia, y paso a la compota que se tomó hasta apurar el bol. Se limpió la boca y me pidió que le ayudara a levantarse y a llevar el gotero para ir al baño a lavarse la boca y los dientes.

Al volver del baño le ayudé a acostarse, estaba cansado de toda la mañana y le comprendí, yo también empezaba a sentir un ligero cansancio, extraño por la escasa actividad que había hecho, pero comprobé que había algo en los hospitales que lo producía, quizás un ambiente no conocido, tensión ante lo imprevisto, angustia por el lento transcurrir del tiempo, o todo junto, lo cierto es que yo también sentía cansancio.

Luís se acostó, se puso sus auriculares y me dijo:

—Así es como puedo dormir algo, oyendo música, aunque no debería dormir porque luego, por la noche, no tengo sueño, estoy en vela y la noche se hace eterna. Tú te puedes ir, ahora vendrán con la medicación, dormiré un poco y luego ya por la tarde estarán aquí mis hijos, supongo. Y te digo que te vayas, porque para ser el primer día, ya has hecho bastante, estarás cansada. Vuelves al convento, comes mejor que yo, y meditas sobre lo visto y oído, analízalo bajo tu prisma religioso, y luego rezas por este católico no practicante, de esa iglesia que llamáis remanente, que, sin practicar el culto, considera que forma parte del universo moral y simbólico, que está en los valores de la educación y cultura cristiana. Todos, hasta los que no lo son, al menos en occidente, son cristianos, en lo estético y en lo ético, aunque a algunos les pese y aún a pesar de

ellos. Porque si la Iglesia no estuviera en los sitios donde el hombre sufre, enferma, y muere solo, la sociedad se quedaría sin respiro moral. Por eso tú estás aquí, para que tus oraciones me traigan esa luz que te tocó a ti, y sobre todo para poder llevar con resignación mi enfermedad.

No dije nada, solo me despedí de él y salí cerrando la puerta tras de mí, encaminé mis pasos hacia los ascensores, me crucé con enfermos, familiares, personal sanitario, en fin, el mundo abigarrado de un hospital que hoy había conocido, pero iba absorta en mis pensamientos, y apenas tenía conciencia de mis actos, como un autómatas pulsé el botón del ascensor, llegó, entré, vi que la planta baja estaba pulsada y por un instante cerré los ojos. Que de impresiones había sentido, todas eran nuevas para mí, y de una u otra manera me habían afectado, y de entre todas, aquello que había oído tantas veces en el convento, la humanidad sufriente se había hecho realidad ante mis ojos, la había sentido y vivido junto a Luís. Salí a la calle y una ráfaga de aire fresco me sacó de mi abstracción, encaminé los pasos a la boca del metro. Había sido mi primer día.

